

DOS SEMANAS DE
RECOGIMIENTO Y ORACIÓN

DIA 2
la zarza ardiente

Éxodo 3:1-3

por

Jesús González Báez

Martes 17 de marzo del 2020.

Anoche a última hora salí a la calle para pasear a mi perro. El silencio que me rodeaba resultaba un tanto sobrecogedor. La calma era absoluta, ni si quiera había algo de brisa que meciera las hojas de los árboles. Podía escuchar mis propias pisadas sobre la arena del parque, que parecían llegarme amplificadas en la inquietante soledad de la noche.

Repentinamente una luz intensa, al otro extremo de la calle, llamó mi atención. Una patrulla de la policía se acercaba hacia mí. Los agentes se detuvieron a escasos metros y me interrogaron con severidad. Tras darles las explicaciones pertinentes pude continuar mi paseo, pero ya de regreso a casa.

Entonces mi mente regresó a la escena en la que hoy meditamos.

Moisés se convirtió en un hombre del desierto. No sólo había huido a través del desierto tras cometer un crimen, sino que convirtió aquel escenario inhóspito en un medio de vida, mientras pastoreaba las ovejas de su suegro. Él conocía bien la hostilidad de aquellos parajes solitarios y despiadados. Hasta que, en una ocasión, también le sucedió algo completamente inesperado que cambiaría para siempre el rumbo de su vida.

“¹Y Moisés apacentaba el rebaño de Jetro su suegro, sacerdote de Madián; y condujo el rebaño hacia el lado occidental del desierto, y llegó a Horeb, el monte de Dios. ²Y se le apareció el ángel del SEÑOR en una llama de fuego, en medio de una zarza; y Moisés miró, y he aquí, la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía. ³Entonces dijo Moisés: Me acercaré ahora para ver esta maravilla: por qué la zarza no se quema.”
(Éxodo 3.1–3)

El desierto

El libro de Éxodo retoma en este punto el hilo de su narrativa llevándonos otra vez junto a Moisés, mientras éste pastoreaba a las ovejas de su suegro Jetro. Hacía ya un largo tiempo (Ex.2:23) desde que había huido de su Egipto natal, y se había establecido como forastero en Madián.

¿Cuántas veces no habría vivido jornadas como aquella, de largas caminatas bajo el sol ardiente, orientándose, buscando la mejor ruta, protegiendo a las ovejas? ¿Cuántas interminables veladas no habría soportado vigilando al rebaño, hecho un ovillo bajo su manto, resguardándose de la brisa helada que se clavaba en su piel como agujas? Me pregunto si Moisés no añoraba su vida en Egipto, si no echaría de menos las comodidades y manjares del palacio del Faraón. ¿Y quién no, en su lugar?

Tú y yo conocemos bien el resto de la historia. Sabemos que toda la experiencia adquirida durante esas innumerables y tortuosas jornadas sería una valiosa preparación que más tarde le sería tremendamente útil en su papel como líder de Israel, durante la peregrinación. Pero, por supuesto, de todo esto él no tenía ni la más remota idea.

¿Te has dado cuenta de que el desierto es un tema constante en las Escrituras? Innumerables personajes, hombres y mujeres, familias y pueblos, pasaron una temporada más o menos extensa en este hostil escenario. Piensa en Abraham, en Jacob, o hasta en Jesús durante la tentación. ¿Y para qué el tiempo de desierto? Estoy convencido de que Dios usa estas etapas para forjar a las personas, preparándolos para cumplir en ellos su llamado y sus propósitos.

Quiero animarte a que reflexiones e identifiques los desiertos que has atravesado en tu vida. De entrada, podemos considerar todo lo que estamos viviendo estos días como una etapa de desierto. ¿Pero no ha habido acaso otros desiertos? Quizá fue alguna enfermedad, alguna pérdida, o penurias económicas, o tiempos de dificultades de cualquier índole. Estoy convencido de que todo aquello no fue por azar, sino que Dios te estaba forjando para el propósito que te tiene reservado.

En el momento quisiéramos saber el porqué, pero no podemos. Sólo podemos confiar en que Él está al control y sabe de qué manera estas circunstancias, aunque no nos agradan, nos preparan, nos fortalecen, nos curten para el llamado que nos tiene preparado.

La zarza que arde pero no se consume

Al acercarse de forma *casual* al Monte Horeb (o lo que es lo mismo, el Monte Sinaí), Moisés observó algo inusual. Un punto de luz allá arriba en la montaña llamó su atención. Era una especie de fuego fatuo sobre un arbusto, que persistía inextinguible. Intento imaginar a Moisés, rodeado de ovejas y agudizando la vista, quizá ahuecando las manos alrededor de su frente, preguntándose qué sería aquello. Al final la curiosidad le pudo, y tuvo que acercarse para observar el fenómeno un poco más de cerca.

¿Y qué era, sino Dios tratando de llamar su atención? El Señor lo estaba atrayendo hacia sí mismo. Y esto es otra constante que también se repite en las Escrituras: Dios siempre da el primer paso. Él siempre toma la iniciativa, tratando de restablecer su relación con un ser humano que se ha perdido.

Desde que allá en tiempos remotos se oyó en el jardín del Edén aquella melancólica pregunta, “¿Adán, dónde estás tú?” (Gn.3:9), Él nunca ha dejado de salir en busca del ser humano. Así mismo se acercó a Abraham mientras éste vivía en idolatría e ignorancia en Ur (Gn.12:1), a Agar mientras huía a través del desierto (Gn.16:8), se apareció a Gedeón mientras escondía algo de comida por temor a los madianitas (Jue.6:12), o a Saulo

mientras perseguía empecinado a los cristianos de una ciudad a otra (Hch.9:4). Me faltarían las páginas para hablar de todas las veces que Dios ha mostrado su gracia y misericordia acercándose a personas que le habían dado la espalda como un estilo de vida. Lo cierto es que la misericordia y la gracia de Dios se manifiestan una y otra vez, mientras aguarda con paciencia que alguien atienda a su llamado.

Observa lo Jesús dijo en una ocasión...

“¹¹Porque el Hijo del Hombre **ha venido a salvar lo que se había perdido.** ¹²¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas y una de ellas se ha descarriado, ¿no deja las noventa y nueve en los montes, y va en busca de la descarriada? ¹³Y si sucede que la halla, en verdad os digo que se regocija más por ésta que por las noventa y nueve que no se han descarriado.” (Mateo 18.11–13)

Sé que estos días reclusos en casa pueden ser una experiencia exasperante y un tanto claustrofóbica. Pero yo te animo a considerar que quizá Dios, una vez más, está tratando de llamar tu atención. Quizá tú seas esa oveja extraviada, ¡déjate encontrar por tu Pastor!

Puede que a través de las situaciones y dificultades que estás atravesando, Él se esté manifestando a tu vida para que le busques con renovada intensidad. Haz de este tiempo de desierto una oportunidad de encontrarte con Dios en la soledad de tu hogar, en la intimidad de tu habitación. Renueva tu comunión con Dios.

Sugerencias de acción / oración

- Haz un repaso de todas experiencias “de desierto” que Dios ha permitido en tu vida.
- Reflexiona y plantéate de qué forma estas experiencias te prepararon para lo que te aguardaba el futuro.
- Ora a Dios pidiendo que te ayude atravesar con fe y compromiso estas nuevas jornadas de desierto.

¿Tienes comentarios o sugerencias? Me encantaría oírlos. Escríbeme a jesus.gonzalez.baez@gmail.com